

A PROPOSITO DE LA CONVERGENCIA ENTRE REVOLUCIONARIOS MARXISTAS Y CRISTIANOS

ESTEBAN EMILIO MOSONYI

El diálogo sobre Marxismo y Cristianismo iniciado en SIC hace meses, ha suscitado múltiples colaboraciones con aportes muy variados. Publicamos a continuación un artículo que nos ha enviado el destacado antropólogo y lingüista Esteban Emilio Mosonyi conocido por su labor indigenista. Ex-Director de la Escuela de Sociología y Antropología de la UCV y distinguido profesor en la actualidad, Mosonyi aborda el tema desde los aportes de las más recientes corrientes antropológicas. En números sucesivos publicaremos otra serie de colaboraciones que han llegado a nuestra redacción.

Considero que el tema de las posibilidades de convergencia entre marxistas y cristianos debe abordarse con el máximo interés desde el punto de vista de las perspectivas de transformación radical y revolucionaria que reclama urgentemente el país. Es evidente que este acercamiento ya se viene dando en diversos sectores revolucionarios en la práctica diaria, un tanto al margen de discusiones teóricas de vasto alcance, quizá por la previsión de no crear polémicas dañinas que enturbien un entendimiento aún precario.

No podemos, sin embargo, aplazar indefinidamente esta confrontación necesaria. Ya ha habido, por cierto, muchos aportes valiosos, hechos bajo distintos enfoques y diferentes perspectivas. En esta oportunidad, quisiera ofrecer una visión a partir de la nueva antropología crítica o más bien dentro de un nuevo desarrollo teórico de la misma, que se viene denominando "Teoría General de las Sociedades".

Esta nueva orientación antropológica ha sido impulsada por autores diferencialistas como Jaulín, Berque, Duvignaud, Bonfin Batalla, Darcy Ribeiro y otros investigadores, tanto europeos como suramericanos. Su propósito corresponde a un estudio de las sociedades como exponentes de un proceso evolutivo socio-cultural de carácter multilineal y diversificado, dentro del cual no cabe la discriminación

entre pueblos primitivos y evolucionados. Todos los pueblos del mundo conforman el resultado de un proceso evolutivo complejo y específico, por lo cual todos ellos tienen experiencias muy importantes que comunicar a los demás pueblos, y recibir de ellos grandes lecciones. Esta dialéctica societaria trata de valorar y estimular tanto la unidad como la diversidad de la especie humana, como supuesto primordial para mantener en tensión permanente sus capacidades creativas y constructoras de nuevas realidades.

No solamente existe un número altísimo de personalidades colectivas en tanto que sociedades diferenciadas, sino que encontramos también muchas configuraciones sociales unificadas en lo político, económico o cultural, pero que encubren no obstante un conjunto de colectividades bien diferenciadas: no solo desde el punto de vista clasista sino por sus características étnicas, históricas y otros factores de identificación. Así por ejemplo, en el caso venezolano ni el grupo étnico guajiro se puede despachar de manera simplista como producto de la lucha de clases, ni tampoco podemos asimilar las grandes comunidades religiosas —como la cristiana— a meras manifestaciones de opresión clasista u oscurantismo ideológico.

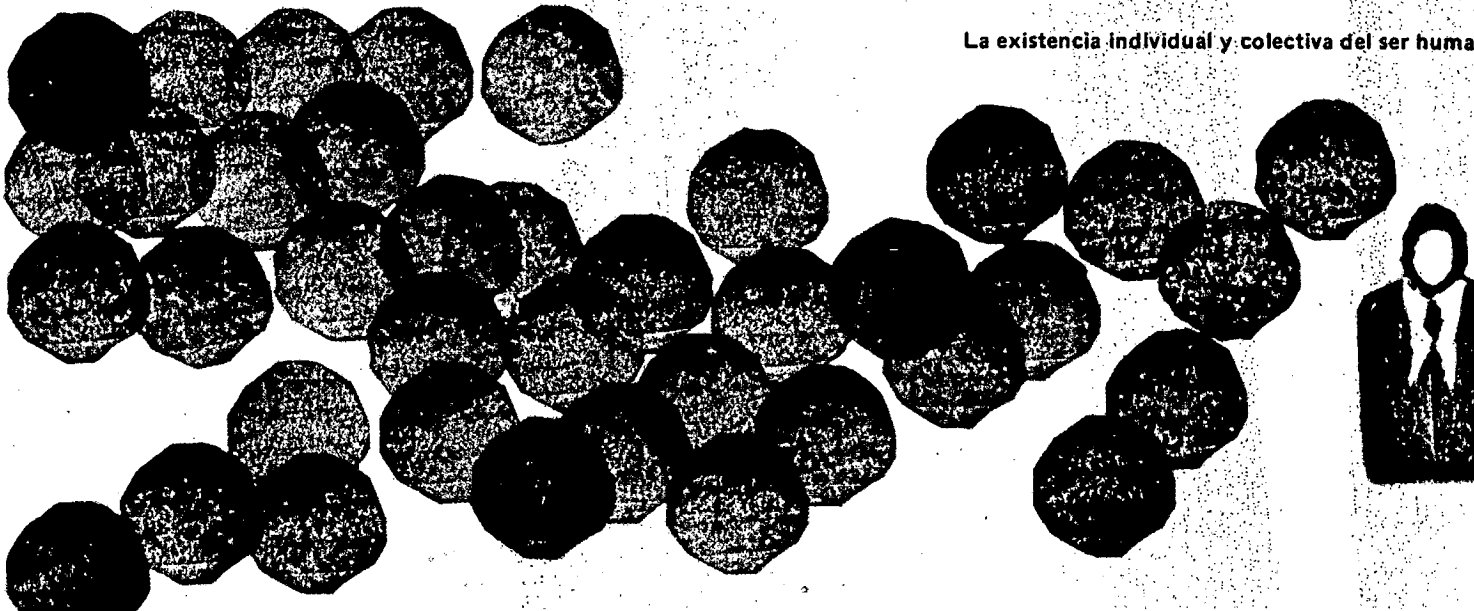
Hay pues plena evidencia de que las fuerzas revolucionarias no solamente tie-

nen que contar con la presencia de las religiones cristianas sino con otras grandes religiones mundiales como el Islam, el Budismo, el Judaísmo, el Hinduismo; aparte de las miles de religiones y cosmovisiones muy particulares de los pueblos africanos, oceánicos y americanos autóctonos.

La comprensión de tales realidades ineludibles por parte de los teóricos de la revolución —conjunto igualmente heterogéneo— es uno de los compromisos más urgentes que éstos deben asumir, si de verdad luchan por un orden social más justo, por encima de todo género de apechamientos personales o de grupo. Es importante recordar que entre los revolucionarios no tan solo se da una gama de corrientes inscritas de alguna manera en el campo marxista, sino que los hay también no marxistas, con o sin filiación religiosa o filosófica determinada.

El problema del ateísmo frente a las creencias religiosas no debe constituir una barrera para una intercomprensión y comunicación crecientes entre todos los sectores revolucionarios. Desde un enfoque multisocietario, tanto el materialismo —en sus distintas variantes— como las diferentes religiones y cosmogonías totalizadoras— constituyen intentos de representarnos el universo, ubicándonos al propio tiempo como seres constitutivos de esta realidad. Se dirá que el teísmo misti-

La existencia individual y colectiva del ser humano





Lo que constituye una exigencia histórica y ética ineludible es la unidad de todos los revolucionarios

fica porque postula un ser supremo necesario creador de todos los demás seres, de naturaleza espiritual, inaccesible para nuestros sentidos; mientras tanto el materialismo se limita a las manifestaciones concretas y perceptibles de los objetos reales, dándole en todo caso cierta vigencia a lo espiritual como prolongación semiótica de lo real concreto.

No me parece legítimo plantear la oposición en estos términos que no toca el fondo de la cuestión. Ni siquiera el materialista más profundo y consecuente está en capacidad de contestar a interrogantes que todo ser pensante puede plantearse en algún momento de su vida: ¿Cuál es el punto de partida del ciclo de transformaciones que ha sufrido la materia? ¿Por qué la materia ha seguido determinada secuencia en sus transformaciones y no otra? ¿Qué nuevas transformaciones nos depara la materia para el futuro? ¿En qué medida la materia desplegará todas sus potencialidades latentes o habrá circunstancias negativas que las bloquearán o desviarán de diversos modos? ¿Hasta qué punto la materia (o la energía para quienes así lo prefieran) —en todas sus conformaciones heterogéneas— es necesaria, indestructible y por ende eterna?

Más que enfrentar ateísmo y teísmo, o materialismo e idealismo, cabría hacer una gran división entre concepciones imanentistas y trascendentalistas del universo, según se sitúe el centro de gravedad y la fuerza principal transformadora den-

tro del mundo abarcable por la psique humana o bien más allá de él, en una esfera distinta, fuera de nuestro espacio mental posible. De todas maneras, aún las concepciones extremadamente immanentistas y trascendentalistas se tocan de alguna manera, ya que por más que un creyente sitúe a su dios —o dioses— fuera de nuestro universo existencial, jamás puede apartarlos del todo. Esos seres supremos —por el solo hecho de serlo— siempre están en relación con el mundo de abajo, en tanto que creadores, impulsores, transformadores, destructores o aplicadores de algún tipo de sanción: de cierta manera son de este mundo porque participan de él.

No solo se presenta —desde nuestra perspectiva— todo un cuestionamiento del ateísmo como ingrediente realmente pertinente para una concepción revolucionaria. Tampoco nos conformamos con un mero desinflamiento del materialismo —o materialismos— como verdad absoluta y definitiva. Interesa también situar a la ciencia como tal en el lugar que le corresponde en el contexto global del quehacer revolucionario. Particularmente —como revolucionario— creo en el socialismo científico, en el inmenso aporte que la ciencia puede brindar para el logro del cambio revolucionario, su consolidación y la instauración de un nuevo orden mucho más justo, humano, creativo y sincero, en que cada ser humano encuentre su ubicación más idónea dentro de la sociedad; la naturaleza y el orden cósmico.

Pero no creo en el científicismo, esa tendencia reductora que pretende circunscribir toda realidad significativa al ámbito de la ciencia. La ciencia es solo un aspecto —ciertamente muy importante pero limitado e inseparable— de la conformación total de una sociedad humana, aún si ésta aparece muy impregnada de desarrollismo unilineal. La existencia individual y colectiva del ser humano no se resuelve en el eje limitante de la ciencia, por más amplitud que se le quiera dar. La gestación de una revolución, su impulso transformador, la búsqueda de nuevas formas de vida, el despliegue continuo de las ideas-fuerza, involucra toda la experiencia

histórica de una colectividad dispuesta a poner fin a siglos de miseria, injusticia y discriminación. La ciencia social revolucionaria, por más que se fortalezca y consolide en años venideros, nunca podrá ocupar el lugar de la totalidad societaria, y mucho menos si consideramos toda la multiplicidad de configuraciones sociales específicas, cada una de las cuales interpretará la revolución dentro de sus propios parámetros histórica y dialécticamente establecidos.

Pienso que toda esta argumentación contribuye a reforzar coincidencias entre las corrientes revolucionarias marxistas, cristianas o de cualquier otra denominación. Me parece saludable, estimulante y hasta necesario el que exista una pluralidad de tendencias en el seno del campo progresista y revolucionario. Lo que sí constituye una exigencia histórica y ética ineludible es la unidad y cohesión de estas fuerzas frente al enemigo, en contra de las clases y sectores reaccionarios, antipopulares, defensores del capitalismo, de la dependencia y de los privilegios que disfrutan los favorecidos del status.

Y aquí me veo en la necesidad de introducir una duda verdaderamente lacerante. Conozco y he constatado la existencia de cristianos revolucionarios. Pero lamento tener que decir que en Venezuela constituyen una minoría exigua. Nuestro país se caracteriza por contar con una de las iglesias más reaccionarias, apáticas y estáticas del continente. Uno de los cleros más confabulados —salvo excepciones— con los grandes capitalistas y otros sectores poderosos. En los últimos años ha habido sin duda cambios significativos que repercuten en el fortalecimiento de grupos católicos progresistas y revolucionarios. Pero la lentitud del proceso se pierde de vista, ya que el surgimiento de una iglesia de avanzada enfrenta entre nosotros dificultades aún mayores que la unificación estratégica de nuestros movimientos políticos de izquierda.

En resumen, no dudo en las posibilidades de convergencia entre revolucionarios marxistas y cristianos. Pero ignoro aún quiénes van a converger. □

resuelve en el eje limitante de la ciencia

